

Cultura a la contra

¡Vamos a montar en globo!

Desde luego, hay quien no se rinde nunca; me refiero ahora a los jipiosos, a la vieja guardia psicodélica que invade ciertas provincias periféricas del Imperio Americano, y sobre todo Barcelona. Pero también en Madrid —la capital del rock, por cierto— sobreviven algunos de esos fósiles que no saben de qué va la vida; no se han enterado de qué va la vida, ni de que ya ha pasado la estúpida revolución de las flores —como ya decía Burroughs, la única forma de tirarle margaritas a los cerdos es con el tiesto incluido y apuntando a la cabeza—, y que no es eso, no es eso. No se han enterado de que vivimos en tiempos de muerte, no de esperanza. Ni de que la poesía es sólo un revólver oxidado, sin ninguna carga de futuro.

Aquí, en este Madrid de papeleras que se quedan herniadas por exceso de trabajo —hasta gatos muertos he visto en alguna— han sacado los jipis de cotolengo y sacristía una revista que se llama "El Mago". Desfasada y señora de los anillos es. Y nada hay que reseñar de ella, salvo la historieta del Agust. Ese chico es uno de los valores más sólidos y menos conocidos del nuevo dibujo madrileño. Aunque se merece un punto y aparte para hablar de él, no lo pongo porque odio la técnica del punto y aparte. Agust no tiene nada de jipi, ni por el forro. Su esquizofrenia se nota en lo que está bien: da una visión del mundo tan dislocada como la realidad misma. Si a eso le añadimos una calidad formal increíble y un cuidado intensísimo en la realización de los dibujos, y le añadimos encima un concepto del grafismo mamado donde se debe mamar, que es en las fuentes del consumo industrial, de la publicidad, con unos toques de disolvente para animar al personal, tendremos una personalidad completísima, y el retrato de alguien que está renovando el concepto del dibujo, y que se sale de los estrechos márgenes del cómic para inventar —dentro de lo posible, porque ya todo está hecho— algo nuevo. Tan bueno es ese chico, que si algún día se decide a dibujar con los pies —y es capaz, porque decide cosas muy raras— lo hará tan bien como muchos otros con las manos.

Por su parte, la editorial Zafo, de Barcelona, ha sacado una cosa increíble, una revista llamada "El Globo". Imita a la anglosajona "High Times", y nos quieren comer el coco con la maría y el ácido, como si no nos hubiéramos enterado hace tiempo de lo que son esas cosas. A estas alturas de la vida, cuando ya estamos un poco hartos de la experiencia psicodélica —ellos dicen "psiquedélica", que es como más intelectual—, van y nos cuentan que se puede hacer un café con hash, y que existe la "Nueva Iglesia Americana", grupo de anglosajones disfrazados de indios peyoteros que reivindican el ácido como sacramento. Si las revistas tuviesen barbas, la de ésta sería larga y canosa, como anciana que es. A pesar de todo, es simpática y divertida; los ingenuos intelectuales de la vieja onda se van a divertir mucho, y van a creer que están en la nueva ola.

A ver cuándo hacéis algo para los que estamos en la calle, que ya está bien. Algo de calidad, divertido, y que nos cuente lo que está pasando en el mundo y en sus alrededores, o, por lo menos, en los billares de la esquina. Ya estamos un poco hartos de rollos para escultores de falsa vanguardia y para poetas que se alimentan de alfalfa ecologista. Que también los que nos jugamos la vida todas las tardes desafiando controles de diversa índole tenemos derecho a alguna lectura divertida. Y es que vais como cangrejos, mirando hacia atrás con arrobo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

contra las presentaciones: al revés, me gustan mucho. Dan ocasión de ponerse chaqueta y corbata, que es tan agradable. Los discursos suelen estimular la virtud de la paciencia, y luego, en los cócteles, se come pan con bolitas negras encima. En esta presentación, además, hubo el regalo especial de un pequeño concierto de Baciero, quien inter-



Antonio Baciero.

pretó diversas obras de Cabezón primero al piano, después al clavicordio, y finalmente al órgano de cámara. Me gustó especialmente esta última parte del recital, pues planteó una concepción de la interpretación organística radicalmente opuesta a la convencional de, por ejemplo, un Pierre Cochereau "a los grandes órganos", acompañando resonantemente los estentóreos trompetazos catedralicios de Roger Delmotte.

Bien. Los responsables de la aparición de este primer volumen han cumplido ya su cometido, y con la presentación nos cedieron el turno a nosotros, los que contamos esto en los papeles. Los más serios ya se habrán encargado de señalar la importan-

cia del empeño. Habrá quienes, mentando irremisiblemente la "integral cabezoniana", comentan delito de lesa eufonía: ya ven, y sin embargo "mablieriana" suena tan bien, como a planta medicinal...

Todos —¿y por qué me preocupó yo de lo que hacen?— encontrarán palabras de agradecimiento para cuantos han intervenido en la edición. Vayan las mías para la Fundación General Mediterránea, madre de la criatura; para Antonio Baciero, que lo interpretó todo con su habitual solvencia, y para Hispavox, responsable de que podamos escuchar los resultados. Se dirá algún suspicaz: "Mira éste, en cuanto le invitan y le regalán un tocho de discos, cómo entra en el juego". Y no le faltará razón. En esto de la crítica todos, aun el que afecta la posición más distante y snob, estamos al servicio de algo, como se dice. Y temo estar me refiriendo a un "algo" de mayor amplitud que la edición presentada. Todos, a fin de cuentas, estamos complicados en un proceso. Ahora, que no me parece mal que lo estemos, si de ello depende en cierto grado el que salgan discos de éstos. De éstos y de los otros. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CINE

La abundancia de estrenos cinematográficos impiden comentar con cierta extensión incluso los más interesantes. Remitimos al lector a las recientes crónicas del Festival de Cannes para los referentes a "Norma Rae", de Martin Ritt (de quien publicaremos, en un próximo número, amplia entrevista) y "Días de cielo", de Terence Malick. Al tiempo, recordamos que en Madrid siguen exhibiéndose "Gato, la isla del amor", la mejor película de Walerian Worocwyc, y la ya legendaria "La pasajera", de Munk, que sorprendía en los cineclubs españoles de los años sesenta. En Barcelona, la discutible "Companyys, procés a Catalunya", de Form, y "Hollywood on trial" son los estrenos más destacables.

"Quinteto"

Quien en función de una narrativa "popular" haya prescindido de su capacidad de sorpre-



"Quinteto", de Robert Altman.

sa, fascinación o interés por lo desconocido. Quien rechace a Borges, Donoso, Lewis Carroll, Bergman, Saura cineasta o pintor, Cocteau, Klee y, en definitiva, la poesía. Quien se niegue a entender todo lo que no sea cartesianamente traducible a nuestro lenguaje cotidiano, no debe ver "Quinteto". Porque para acercarse a las inquietantes imágenes creadas por Robert Altman para la descripción de ese mundo cerrado, muerto y asesino que protagoniza su película, hay que recuperar lo que la narrativa cinematográfica ha intentado machaconamente eliminarnos, mientras la pintura, la literatura más inteligente o la música han querido siempre conservarnos: la generosidad de no creerse en posesión de todas las claves para entender el mundo y, por lo tanto, la inseguridad de sabernos todavía ante lo ignorado y lo vivo. Si se quiere destruir la poesía, se le reduce a esquemas simplones y se queda uno reconfortado con la mediocridad. Pero si se quiere disfrutar de ella por la posibilidad de que nos acerque a claves nuevas e intraducibles a palabras de nuestro lenguaje cotidiano, debe verse "Quinteto" sin temor al vértigo de no entender lo que se está viendo. Sólo así podrá entenderse realmente: rechazando la creencia de que todo lo que no sea vulgar deben ser símbolos o alegorías idénticas a nuestras premisas anteriores y dejándose transportar por lo mágico y lo indecible. El franquismo asesinó nuestra capacidad poética al obligarnos a leer entre líneas. Pero "Quinteto" no es el resultado de una parábola obligada por la censura. Es exactamente lo que es porque es lo que quiere ser. Se la acepta o se la rechaza

pero no se la traduce en función de su "argumento". ¿Hemos olvidado la capacidad sugestiva de una imagen? Grave cosa sería que el cine no pasara de ser el editorial de un periódico. Pero eso parecen defender algunos críticos españoles cuando se niegan a entrar en el mundo de Altman por considerarlo excesivo o ausente de emociones conocidas. Justamente por eso es por lo que "Quinteto" llega a ser de lo mejor de su autor: nada de lo que nos ofrece es conocido, familiar o tangible. Aunque, por supuesto, siga hablando de nuestro mundo y nuestro momento. Con el valor y la lucidez de un mágico juego poético. ■ DIEGO GALAN.

"Con uñas y dientes"

Es difícil juzgar una película sólo en función de sus resultados, olvidando sus buenas intenciones, sobre todo cuando sólo esas intenciones son lo válido. Caso de "Con uñas y dientes", segundo largometraje de Paulino Viota (el primero, "Contactos", no se ha exhibido comercialmente), donde, volviendo la espalda a cualquier planteamiento industrial del cine, se ha realizado una película en régimen colectivo que pueda abrir una posibilidad de existir a un cine español de claro compromiso político. En el caso de "Con uñas y dientes" se quiere realizar lo que teóricamente es inviable en el cine de producción al uso: una muestra de los términos precisos en que se desarrolla la lucha de clases en la España posfranquista. A través de las vicisitudes de la huelga en una fábrica importante, donde su principal gerente resulta un estafa-

dor, Paulino Viota y sus colaboradores quieren exponer los términos de fuerza de la clase dominante, las contradicciones internas de la clase obrera, los errores humanos de algunos líderes sindicales, y sacar de todo ello una provechosa lección para el futuro. Es probable que, analizando fríamente las frases que se pronuncian en la película, todo cuanto quiere decirse está contenido en el guión. Pero eso no basta para que la película consiga luego el mínimo calor. Todo en "Con uñas y dientes" es frío y lejano. La falta de habilidad en la construcción dramática de la historia se prolonga luego en la mala dirección de los actores, en las excesivas concesiones "comerciales", en los discursos ingenuos y dramáticamente inverosímiles.

La película se ha transformado en una especie de pancarta de lo que debería ser un nuevo cine español para algunos estamentos de la crítica. Es un error. Porque las intenciones no bastan. Y aunque Paulino Viota demuestra mayor habilidad que su guionista en algunos pasajes de la película, el conjunto no puede proponerse como ejemplar sin forzar el resultado de una comunicación con el público a quien el espectáculo sigue importándole. ■ D. G.

"El sacerdote"

Película anterior a "El diputado" en la filmografía de Eloy de la Iglesia y coincidente con ésta en proponer una teoría de las relaciones entre la política y la represión sexual. Aquí, sin embargo, hay menos pretensiones, como si "El sacerdote" fuera una película de compromiso que importara menos a su director. Paradójicamente, nos encontramos ante el mejor trabajo de dirección de De la Iglesia, la primera película en la que el cuidado en la puesta en escena le aporta una cierta sutileza, cuando lo normal en este director es que su afán machacón de no dejar apunte suelto ahogue lo mejor de sus intenciones. No es que "El sacerdote" sea exactamente lo contrario, entre otras cosas porque el guión es muy torpe y reiterativo (menos, sin embargo, que el de "La criatura", también escrita por Enrique Barriego), pero sí hay en el tratamiento de los personajes la creación de un mundo cerra-

do, de un obsesivo microcosmos donde el humor alcanza grados de interés. Precisamente por eso, a algunos les recuerda esta película los viejos títulos mexicanos de Buñuel, y aunque no puede existir comparación alguna entre ambos directores, ese camino del humor les emparenta en algún momento. Lástima que De la Iglesia no haya abundado más en él y se haya dejado de discursos moralizantes o demostrativos. Sin embargo, cuando ese humor protagoniza las situaciones — caso del encuentro entre el cura y la prostituta o algunas de las visiones enfermizas del protagonista —, la acidez transforma la película en la mejor de su autor. Lo que, para quienes creemos que el camino de De la Iglesia tiene más posibilidades que espantos, no es mala cosa. Es curioso que siempre tengamos que hablar de posibilidades en este autor antes que de realidades acabadas. Sus películas apuntan cosas que la precipitación o el ingenuo afán de escandalizar echan por tierra. No es fácil salir plenamente convencido de la proyección de una película de De la Iglesia. Pero es en esa insatisfacción donde, a mi juicio, se contiene lo interesante de su trabajo. Y cuando, como en este caso, la indignación es mayor porque los logros han estado más cerca, el problema comienza a hacerse apasionante. ■ D. G.

"El sacerdote", de Eloy de la Iglesia.

